

Marasso Rocca, Arturo

La enseñanza y la fraternidad americana

Archivos de Ciencias de la Educación

1916, vol. 2, nro. 4, p. 81-84

Cita sugerida:

Marasso Rocca, A. (1916). La enseñanza y la fraternidad americana. Archivos de Ciencias de la Educación, 2 (4), 81-84. En Memoria Académica. Disponible en: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.1697/pr.1697.pdf

Documento disponible para su consulta y descarga en **Memoria Académica**, repositorio institucional de la **Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FaHCE)** de la **Universidad Nacional de La Plata**. Gestionado por **Bibhuma**, biblioteca de la FaHCE.

Para más información consulte los sitios:

<http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar> <http://www.bibhuma.fahce.unlp.edu.ar>



Esta obra está bajo licencia 2.5 de Creative Commons Argentina.
Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 2.5

La enseñanza y la fraternidad americana

La América latina se encuentra en un momento histórico único y excepcionalmente ventajoso. Heredera de una civilización riquísima; con una sociedad sin prejuicios nacionales de exclusivismos egoístas; con fuentes de producción inagotables; en una situación geográfica maravillosa, siendo un nudo central adonde afluirán las energías de todos los continentes; habitada por una raza superior, en la que el residuo aborigen apenas da su mezcla insignificante que ata la corriente de nuestra historia en la civilización con la prehistoria de la tierra nativa; el trabajo de la raza en formación, adquiere aquí como en ninguna parte del mundo, desmedida importancia, puesto que son los americanos de hoy, los que transformados en un propicio *devenir*, la constituirán en el futuro.

Puede decirse que tenemos en la mano los instrumentos necesarios para imponer a ese crecimiento una orientación saludable y amplia, en todos los círculos en donde se desenvuelve el progreso humano. Estamos en el momento en que se han de trazar las líneas definitivas; y quizá, si lo dejamos pasar, no vuelva a presentarse. Los pueblos que se aíslan de los otros para desarrollar su civilización, creyéndose depositarios de un extraordinario destino, receptáculos de la sabiduría absoluta, mirando con desdén más allá de sus límites, han visto acercarse el día de su ruina, sin haber incorporado a la corriente humana obras duraderas; puesto que, como alguien lo hace notar, el que desprecia a la humanidad, no puede encontrar lo más hermoso que hay en sí mismo.

La influencia del territorio en el carácter y en la organización de los pueblos, es contrarrestada con el acercamiento espiritual; de que los hombres de las márgenes opuestas del río sean semejantes se debe más que a la causa física, a la rivalidad y al desconocimiento de unos a los otros y de la diferente educación recibida. Fluido ávido en el espíritu humano, ansioso de compenetrarse del espíritu ajeno e infundirse a la vez en él, conservando sus rasgos originales.

Sean los pueblos americanos, diríamos unos en el amor, en la verdad y en la justicia y muchos en el individualismo de las naciones y en la personalidad mental de sus habitantes. Verdadera individualidad

es engrandecer el espíritu propio sin egoísmos aisladores. Las naciones americanas han tenido y tienen su principal adversario en la falta de una aspiración colectiva unánime. Felizmente van desapareciendo ya los caudillos descentralizados, y el progreso de la enseñanza al difundirse en las masas sociales, al elevar su nivel moral y material, lleva consigo la paz duradera. Las discordias internas van casi siempre unidas a las desavenencias externas, ya que en esta compenetración de la actividad del mundo, se rozan y entrelazan tantos intereses, que es imposible casi tocar los propios, sin herir los extraños. A pesar de todo lo que se ha dicho de los *salvajes* de Sud América, son éstos los que en sus relaciones internacionales han dado los más altos ejemplos de desinterés y de sabia doctrina, si es que la grandeza moral, la discreción y la caballerosidad son aún una cosa sabia. El respeto mutuo de las naciones hispanoamericanas se intensifica tanto día a día, que la posibilidad de luchas futuras se hace problemática hasta el punto de que el pueblo culto mira con cierta sonrisa irónica a los que creen que nos encontramos entre las redes de conflictos sudamericanos venideros. Estas discordias serían crímenes irreparables tanto para el vencido como para el vencedor. Sentado está en la legislación internacional americana, el respeto mutuo de sus nacionalidades. Este se fortalecerá con el intercambio comercial que cada día se hace más intenso y con la afinidad de su enseñanza y de su espíritu. Además la América latina se ve, o algunos creen verla, ante comunes enemigos, que pueden conspirar en contra de la soberanía de sus pueblos, y sin creer en esos peligros, es prudente guardarse de ellos. Faltan muchos siglos para que desaparezca esta fútil ambición de predominio, esta necedad sin límite de asaltar como perro de presa a los pueblos débiles.

Si la humanidad meditara seria y profundamente sobre la guerra, es seguro que rompería sus máquinas de muerte, que llenan de espanto y de tinieblas la conciencia honrada de los hombres.

El americanismo latino, en sus múltiples manifestaciones étnicas, éticas y estéticas, encierra problemas en sumo grado interesantes e ineludibles; nos reserva felices sorpresas para el día en que dediquemos al estudio de nuestro pasado y porvenir, los esfuerzos que el temor mutuo y la discordia nos roban, restaurando lo que debemos restaurar, levantando el noble espíritu antiguo, asimilando la civilización moderna, sin regresar a las fuentes primitivas de nuestras nacionalidades, y sin dispersarnos en las extravagancias de pueblos sin vigor; fundir el metal de una raza formada por muchas razas, y de un espíritu que ha recibido la luz de todos los espíritus y la disciplina de la ciencia, conservando lo que la naturaleza de América infundió en el carácter de sus habitantes. La difícil asimilación de las inmigraciones desordenadas e ignorantes que llegan a nuestras playas, sin escrúpulos de ninguna clase, con el único fin de un lucro inmediato, y que ya, han modificado lastimosamente el carácter de nuestros pueblos, es asunto grave y premioso, que ha de resolverlo la educación popular, el trabajo y especialmente la agricultura, que enseña al hombre el amor a la tierra y a la nación que habita.

Alberdi recordaba que para el laurel guerrero era suelo estéril el de América. Toda aspiración que se oponga a la fraternidad de sus naciones es en sí egoísta y sin fundamento. No cremos tampoco que deba cultivarse en un vaso de oro la flor de un ideal sin trascendencia colectiva. Las ideas son como los grandes árboles, necesitan el embate del huracán, para que sus ramas rotas y y sus hojas renovadas den substancia a la tierra, y que el golpe del hacha al resonar en sus troncos, disperse sus semillas en la vasta llanura.

El calor de raza, de sentido común y de humanidad que pide labor, aspiraciones duraderas y fecundas, es la onda interior que circula en nuestras repúblicas, y que espera sólo que el amor y la justicia interna y externa, las una entre sí, para no dissociarse nunca, pues nada hay tan firme como la conciencia de la raza y de su destino, en el hombre. Estamos dentro del más vasto movimiento de civilización del mundo; iniciado muchos siglos antes de Jesucristo, con intermitencias de germinación, con renovaciones y mezclas dolorosas, ha ido en ascensión continua, ya dispersándose por presiones tiránicas, ya condensándose en labor inmensa de pensamiento; y esa obra como en ninguna parte del mundo fructificará en nuestro continente.

Ese cerebro colosal y ese pulmón enorme que es Europa, con su sed y con su sangre, nos ha hecho partícipes de sus gloriosas conquistas. Ella ha sido el laboratorio terrible que, en los últimos veinte siglos, orientada por un ideal griego y cristiano, nos ha legado el más inapreciable de los dones: la libertad del espíritu.

Es problema que no han de resolverlo las generaciones presentes el de la cultura americana; puesto que para formarse necesita de la labor de siglos y de la plenitud de la raza. Pero lo que es innegable, y así lo afirmara un vidente, es la fuerza asimiladora de América. La naturaleza, absorbe al elemento europeo y le da con el tiempo un carácter propio. La cultura no se improvisa. Escuelas, colegios, universidades, nada son cuando carecen de espíritu manifiesto. Y no hemos de construir el solar espiritual de la patria, en el escenario móvil de un momento colectivo, sino que, inspirándonos en la enseñanza del siglo, en el maravilloso adelanto de las ciencias, aprovechando el limo fecundador de las agitaciones del pensamiento mundial, hemos de tender al futuro, hundiendo las raíces en el patrimonio común de los pueblos originarios y conquistadores, en los que los mugrones del tronco común, que florecen bajo el cielo de América, parecen haber dejado al través del Atlántico salubre los sedimentos seculares de la rivalidad y del odio. Los pueblos latinoamericanos, unidos en la obra de su independencia, recelosos a veces entre sí, cuando el hogar recién formado arreglaba sus asuntos de familia, agitados a veces por cóleras precarias, mal harían en convertir en abismos las grietas apenas visibles del espíritu continental. No era la política de las nacionalidades nacientes la que los uniría; menos una tradición religiosa que no formó ideales de solidaridad en Europa, y cuya vieja armazón, más encubre que sostiene los ideales cristianos, eternos como aspiración humana. Fué necesario que el

arte, primero, y la ciencia, después, fueran tocando el espíritu sensible de América. Que el escritor mejicano fuera leído y amado en Chile; que los aventureros líricos, como las primeras golondrinas de una larga primavera, recorrieran la patria del idioma y encontraran en todas partes el latido de un mismo corazón; que el sabio — este precursor del amor universal — enviara la onda de su ciencia al través de las naciones, y el pensador de Colombia o Venezuela, pensara como americano y como habitante de la Tierra.

Un fraternal resurgimiento del espíritu de la raza, de un espíritu amplio, renovador, revienta en brote generoso de las ramas antiguas y de las viejas legislaciones cejijuntas. No creo, que cuando cada nación latinoamericana, estaba aún rodeada por un muro casi inexpugnable, hubiera encontrado eco, una doctrina que no hubiera sido la de un futuro acercamiento. Y ahora cuando el camino esta trazado, y la comunidad espiritual fortalecida por vínculos perdurables, son a las escuelas, colegios y universidades, a los que les corresponde en enseñanza sincera, en efusión, si se quiere, lírica, acercar sus espíritus al través de los límites, estrecharse con fuertes afinidades, encontrar un acervo común en su enseñanza, que ha padecido demasiado por la intromisión de un cosmopolitismo superficial. Se ha tomado mucho de Europa, todo, mejor dicho, y no podía ser de otra manera, pero sin fundir con el calor de nuestros corazones los elementos extranjeros a fin de darles espíritu americano. Y así a fuerza de tomar lo ajeno, nos creíamos incapaces de hacer, y se veía como producción de mala ley, la del conciudadano, por el solo hecho de serlo.

El sentimiento nacional orientado con amplitud de miras, es sentimiento universal; y la enseñanza nacionalista, enseña al alumno a amar a todos los pueblos que contribuyeron a la grandeza de la patria, aliando a la personalidad propia el calor y el sabor nativo, en armonía con el sentimiento americano y mundial. Felizmente, hoy nos estudiamos para conocernos, amarnos y comprendernos; inculcando sentimientos de solidaridad en el niño y en el hombre. Y este pensamiento directivo, ha penetrado en las esferas del pueblo y de los poderes públicos; y si como empieza a manifestarse arraiga en el patrimonio de la raza, los tiempos venideros, saludados como venturosos, verán bajo el auspicio de la paz y del trabajo, del arte y de ciencia, al continente feliz y poderoso, porque «la unión hizo la fuerza», y el espíritu dióle a esa fuerza, hondos cauces hacia una acción y un pensamiento fecundadores. Y es solamente la enseñanza, la que puede dejar en el corazón del pueblo la semilla de la unión perdurable en la persecución de los destinos históricos, con la ciencia que dice paz; con el arte que dice amor.

ARTURO MARASSO ROCCA.